

El bondadoso Benedicto decidióse a satisfacer este ruego en una carta del 15 de septiembre de 1745 en la que agradece las atenciones demostradas. A fin de decir algo más, hacía observar, refiriéndose al dístico, que un literato francés había encontrado en él una falta prosódica, puesto que la palabra «hic» estaba usada como breve; pero cree que tal reproche es infundado, y lo demuestra por dos lugares de Virgilio, que por el momento tenía presentes, si bien no había leído éste hacía ya cincuenta años.

Voltaire, que se sintió muy honrado, contestó al Papa el 10 de octubre de 1745 con una carta llena de lisonjas. Reconoce la infabilidad de Su Santidad en cosas de literatura, así como en otras cuestiones venerandas, y admira su conocimiento de Virgilio. Entre los monarcas escritores fueron siempre los Papas los más sabios, pero entre éstos no se hallaba ninguno que tanto embelleciera la ciencia, con el conocimiento de la literatura. Termina con una nueva lisonja: Roma tenía que haber exclamado en la elección de Benedicto XIV: *Hic vir hic est, tibi quem promitti saepius audis.*

El hecho de que el Papa hubiera entrado en relaciones amistosas con un escritor de la índole de Voltaire, tenía que dar pie a habladurías. Cuando llegó a oídos de Benedicto XIV que la ocasión había sido expuesta de modo exagerado, trató de justificarse frente al cardenal Tencin en una carta del 9 de febrero de 1746. La carta de Voltaire, con la que hábale ofrecido la tragedia «Mahomet» rebotaba en expresiones de respeto y acatamiento a la Santa Sede y al Primado. En la creencia de que el autor no estaba fuera de la Iglesia ha creído que debía contestarle; y proponía además el ejemplo de San Jerónimo, que, como le tildaran de haber elogiado a Orígenes, replicó: No hemos tenido ante los ojos al dogmático, sino al filósofo. Cuando más tarde llegó a sus manos una traducción italiana de «Mahomet», prohibió la impresión y representación de la tragedia (1).

Este asunto, en el que indudablemente faltó a Benedicto la necesaria previsión (2), levantó en Francia mayor tormenta

(1) Heeckeren, I, 246.

(2) De Lanza de Laviorie dice en su memoria, «Un grand pape du XVIII^e siècle»: Il participait dans une certaine mesure à l'engouement de son siècle pour les écrivains et philosophes français; tout en condamnant et en réfutant leurs doctrines, l'éclat de leur célébrité lui en imposait quelque peu. C'est ainsi qu'au lieu de prendre la dédicace de la tragédie de Mahomet pour ce qu'elle était en réalité, c'est-à-dire pour le comble de l'impertinence et de la

todavía. El 7 de octubre de 1746 dirigió Francisco Philibert Louseau desde París al Papa una sincera carta. «Todos los buenos católicos de Francia, dice en ella, se habían enterado con el mayor pesar de que Su Santidad había honrado al infame ateo Voltaire remitiéndole dos medallas de oro». Como el Papa sin duda no conocía las obras de este «monstruo», citaba Louseau algunos pasajes blasfemos de las obras de Voltaire y rogaba al Papa que distinguiera a otro poeta francés, Luis de Racine, hijo del célebre poeta trágico y miembro de la Academia de Inscripciones, el cual, con primorosas poesías «sobre la gracia» y «sobre la religión», se había hecho acreedor a la benevolencia de Su Santidad. Se ignora la respuesta dada a esta insinuación, pero Benedicto correspondió al requerimiento de agradecer a Racine sus poesías (1).

También otros sabios e intelectuales franceses, cuya orientación no era ni con mucho intachable, se aprovecharon del gran interés que el Papa tenía por las letras para entrar en relación con él (2). El adversario irreconciliable de Voltaire, Pierre Louis

dérision, Benoît XIV commit la faiblesse d'en accuser réception à Voltaire, et d'engager une controverse avec lui sur une question de prosodie latine. Correspondant CCXLIX (1912), 676.

(1) La *Carta de Louseau la encontré original en los Instr. Miscell. 5370 del *Archivo secreto pontificio*. Comienza de este modo: Tous les bons catholiques de France ont appris avec une extrême douleur que V. Sté avait envoyé à l'infame Athée Arrouët de Voltaire deux médailles d'or comme une marque de la protection et de la bienveillance dont V. Sté daigne l'honorer. Sans doute que V. Sté ne connaît point tous les ouvrages du monstre quelle [sic] a daigné récompenser. Siguen luego los pasajes blasfemos de las poesías de Voltaire. En vista de tales demostraciones, dice Louseau, se encuentra en un aprieto y esto tanto más, que nous avons en France un poète aussi estimable par son esprit que par ses ouvrages qui a fait un poème admirable sur la grâce et un autre sur la religion qui n'est pas moins beau et qui à juste titre méritoit la bienveillance de S. Sté, c'est Racine de l'Académie des Inscriptions. En una posdata dice Louseau, que se ha dirigido directamente al Papa porque el representante de Francia en Roma, Canillac, es amigo de Voltaire.

(2) Caracciolo, 71, el cual trata de disculpar a Benedicto XIV: Ma affin di non trovar dissonanze nella sua condotta, bisogna considerar due personaggi in Lambertini, l'uomo letterato, ed il Pontefice; e così non recherà più meraviglia vederle scrivere a Volter sopra la sua tragedia di Maometto, sentirle a far l'elogio della poesia, leggere la sua dissertazione intorno gli spettacoli in una lettera al celebre Scipione Maffei, sapere che conversava co' Russi, cogli Inglesi, in somma cogli uomini illustri di tutte le comunioni. In questi casi non è più Benedetto XIV che parla, ma un poeta, uno storico. Quando poi ringrazia Racine pe' due suoi poemi sulla Grazia e sulla Religione, in tal caso risponde da Pontefice, perchè il soggetto così richiede.

Maupertuis, presidente de la Academia de Berlín desde 1740, conocido por su «Principio de mecánica», pero filósofo muy oscuro, pudo en 1749 mostrar su reconocimiento por una carta de Benedicto XIV, ocasión que aprovechó para pedirle que le otorgara una canonjía en su patria, St. Malo (1). La plaza estaba ya por cierto provista (2), pero Maupertuis gozaba aún en 1756 de la benevolencia del Papa (3), que solía aprovecharse de vez en cuando de su influencia cerca de Federico II en beneficio de los católicos de Silesia (4). Otro miembro del círculo de literatos del rey de Prusia, el conde Francisco Algarotti, escritor ameno pero de personalidad que distaba mucho de ser ejemplar (5), envió en 1751 al Papa uno de sus trabajos (6) y recibió por ello un breve, que él comunicó triunfante al rey de Prusia. Como agradecimiento recibió más tarde el Papa de Algarotti el elogio de que si Federico II era grande como señor de la guerra, Benedicto lo era como príncipe de la paz (7).

No menos sorprendentes parecen las amistosas relaciones de Benedicto XIV con el napolitano Antonio Genovesi, que más tarde tomó un rumbo completamente antirreligioso (8). En 1747

(1) *Carta de Maupertuis, fechada en St. Malo en 4 de marzo de 1749, en Princ. 239, p. 370, *Archivo secreto pontificio*. Estas y las siguientes cartas del sabio son todas originales, pero falsamente contadas entre las Lettere di principi. Sobre Maupertuis v. la Monografía de Damiron (París, 1856), especialmente, p. 149; Harnack, *Gesch. de Berliner Akademie*, I, 254 ss.

(2) Véase la minuta del *Breve a Maupertuis del 19 de marzo de 1749 (loco cit., 369), en el cual el Papa asevera que Maupertuis puede contar con su benevolencia.

(3) *Carta de Maupertuis fechada en Berlín el 23 de marzo de 1756 (ibid.), en la cual agradece con el mayor encarecimiento un présent inestimable (por cierto un libro del Papa) y hace notar que él está comblé des bienfaits du pape.

(4) Heeckeren, I, 264.

(5) Cf. Michelessi, *Men. int. alla vita d'Algarotti*, Venecia, 1770. Muy acerbamente juzga sobre Algarotti Maynard, Voltaire (París, 1867); v. también Harnack, loco cit., 253 s.

(6) Véase la adúladora *carta de Algarotti, fechada en Berlín el 28 de noviembre de 1750, en Princ. 239, p. 207, loco cit.

(7) *Carta de Algarotti al Papa, fechada en Berlín el 6 de febrero de 1751 (ibid., p. 209), a la cual va adjunto el escrito de Federico II, que elogia al Papa como grand homme, del 20 de febrero de 1751 (estilo antiguo) (*Ceuvres de Frédéric le Grand*, XVIII, 78). En un *escrito fechado en Venecia el 12 de mayo de 1754 (loco cit., p. 210), hace observar Algarotti que una enfermedad le impidió ir a Roma.

(8) Brosch, II, 11; G. M. Monti, *Due grandi riformatori del settecento: A. Genovese e G. M. Galanti*, Florencia, sin año [1926].

pidió Genovesi al Papa le facultara para dedicarle su «Metafísica», para la cual él había empleado muchos materiales sacados de las obras de Benedicto XIV en lo tocante a los milagros y profecías; quería servir a la religión en contra de los espíritus inquietos de allende los Alpes (1). Benedicto aceptó sin demora la dedicataria (2). Genovesi lo agradeció muy satisfecho y envió además «al supremo juez de la Iglesia y al más grande de los sabios» su «Lógica» y manifestó la intención de escribir una obra teológica (3). En su carta de agradecimiento por la Lógica, de la que el Papa había leído algo, aceptó también al autor la palabra de escribir igualmente sobre cuestiones teológicas (4). En general sentía natural propensión a infundir aliento sin ponderar con meticulosidades, si las prestaciones eran precisamente dignas de un breve. Así recibió repetidas veces el reconocimiento pontificio el profesor de Derecho Joseph Antón von Bandel, de Constanza, quien en su semanario y en otros escritos de diversa índole, arremetía, en forma demasiado cruda, contra protestantes y febronianos (5).

Por el contrario, allí donde Benedicto XIV podía informarse con sus propios ojos, manifestaba un juicio acertadísimo y una sagacidad proporcional. Como Eusebio Amort, el teólogo más eminente que Alemania tenía entonces y canónigo de Letrán, de la fundación Polling (6), quisiera dedicar al Papa su Teología

(1) *Carta, fechada en Nápoles el 8 de julio de 1747, Princ. 239, p. 287, *Archivo secreto pontificio*.

(2) *Breve del 14 de julio de 1747, ibid., p. 289.

(3) *Carta fechada en Nápoles el 15 de agosto de 1747, ibid., p. 290; *Breve del 29 de agosto de 1747, ibid., p. 291.

(4) *Breve del 29 de agosto de 1747, ibid.

(5) *Si heterodoxi adversus iubilaem insurrexerunt, gratias agimus Deo quod tu invicto robore adversus eosdem pugnas. Perge igitur, dice en el *Breve del 29 de mayo de 1751, Princ. 240, p. 561, loco cit. Igualmente ibid., un segundo *Breve del 28 de agosto de 1756. Cf. ibid. también las *Cartas de Bandel a Benedicto XIV. Cf. sobre Bandel, *Allg. Deutsche Biographie*, II, 39; Hurter, V^o, 42.

(6) Sobre Amort cf. Baader, *Das gelehrte Bayern*, I, Nuremberg, 1804, 20 s.; Werner, *Gesch. der kath. Theologie*, 97 ss., 108 ss; *Hist.-polit. Blätter*, LXXVI, 107 ss.; Hurter V^o, 226; *Dic. de théol. cath.*, I, 1115 ss. El cardenal Lercari, más tarde secretario de Estado de Benedicto XIV, había ya antes (¿quizá en 1733?) llamado a Roma a Amort; v. *Hist.-polit. Blätter*, loco cit., 110 s. Las conclusiones de Joh. Friedrich (*Beiträge zur Kirchengesch.* de 18. Jahrhundert, aus dem Nachlass von Amort zusammengestellt, Munich, 1876) son un trabajo caprichoso y equivocado por muchos conceptos. Un *Breve del 13 de julio de 1748 menciona una súplica anterior. Princ. 241, p. 38, loco cit.

escolástica (1), pidió Benedicto ver antes una parte de la obra y por más que el autor se resistió un corto tiempo, persistió en su fundado deseo (2). Así que Amort hubo entregado la primera parte de su obra, dióla el Papa a examinar al secretario del Indice, el dominico Tommaso Agostino Ricchini, a fin de que ni a él ni tampoco al autor surgieran inconvenientes una vez publicada. Al mismo tiempo amonestó a Amort para que en lo futuro le remitiera sus escritos antes de publicarlos (3). Finalmente pudo elogiar la docilidad del autor para con la censura romana (4).

De juicio y discernimiento muy acertado dió pruebas el Papa cuando se trató del cardenal Angelo María Quirini (5), el cual, juntamente con Tamburini, Monti y Passionei, pasaba por uno de los más sabios de su época y a menudo gozó de fama superior a la que merecía. El Papa, que conocía a Quirini desde largo tiempo, dióle al principio de su reinado una prueba de su confianza, nombrándole prefecto de la congregación del Indice (6), con la esperanza de que hombre tan eminente había de dar realce a dicha institución (7). Quirini era desde 1730 prefecto de la biblioteca vaticana, mas aun después de su nombramiento para tal cargo, solía pasar la mayor parte del año en su obispado de Brescia. Se comprende que el Papa, dado su interés por la biblioteca vaticana, viera con disgusto el absentismo del jefe superior de la misma. Empero Quirini se negó a renunciar a su obispado y en cambio presentó la dimisión como prefecto de la biblioteca vaticana. Benedicto no quiso darse por enterado. Como empero la biblioteca, acrecentada precisamente por entonces por algunas compras, no pudiera permanecer abandonada por largo tiempo, nombró al cardenal Passionei subbibliotecario durante los meses

(1) *Theologia eclectica moralis et scholastica*.

(2) *Breves del 10 de enero y 25 de febrero de 1750, loco cit., 241.

(3) *Breve del 2 de enero de 1751, ibid.

(4) *Breve del 20 de febrero de 1751, ibid. Amort puso luego en su obra: sub auspiciis S. D. N. Benedicti XIV. Por el *Breve del 2 de julio de 1752 le dió el Papa a Amort las gracias por su Teología moral, loco cit.

(5) Cf. nuestros datos del volumen XXXIV.

(6) Coleti, p. 1; *Epist. I, *Archivio secreto pontificio*; Baudrillart, Card. Quirini vita, 35.

(7) L. Fresco, *Lettere inedite di Benedetto XIV al card. A. M. Quirini*, XVIII, 37. La edición está hecha a base de la copia existente en la biblioteca arzobispal de Udine. Un texto más depurado lo ofrece el *Cod. Ashburnh. 1341 de la *Biblioteca laurenziana de Florencia*. Cf. Amelli, *Il card. A. M. Quirini*, en la *Resegna naz.*, 1911, II, 371.

que Quirini permaneciera en Brescia. Si bien Benedicto XIV hizo saber a Quirini con anterioridad tan razonable medida, la llevó éste muy a mal (1).

Sin embargo de esto pronto volvieron a restablecerse las buenas relaciones de antes, sosteniendo el Papa y el cardenal frecuente y amistosa correspondencia epistolar con intercambios de libros y regalos (2). Benedicto estimaba como más acertadas las propuestas de Quirini para la congregación del Indice, que las del dominico Orsi (3) y mostraba tanto interés por la salud de Quirini como por el feliz éxito de sus investigaciones científicas. En orden a la publicación de las cartas del cardenal Pole, que Quirini venía publicando desde 1744, había otorgado el oportuno permiso para utilizar los manuscritos referentes a este asunto, pues reconocía la gran importancia que esta publicación tenía para la historia de Inglaterra bajo los Tudor, desfigurada con frecuencia por los anglicanos (4).

Los innegables méritos de Quirini para con la ciencia le reportaron múltiples honores. Incluso academias protestantes de Alemania le nombraron miembro honorario. Escritores de las más variadas tendencias, incluso Voltaire y Federico II, rindieron homenaje al sabio cardenal (5), quien todo lo aceptaba orgulloso de sí mismo. También Benedicto XIV reconocía la asiduidad al trabajo y la sabiduría de Quirini, sin disimular por ello sus debilidades. Como verdadero amigo creyóse en la obligación de prevenir a Quirini de la vanagloria de los sabios y del menosprecio a los demás, que va íntimamente unido a aquélla. Trájole a la memoria, en contraposición, la gran humildad de los cardenales Baronio y Belarmino, padres de la historia de la Iglesia y de la dogmática; también los cardenales Noris, Sfondrati, Casanata, Aguirre y Ferrari, se habían mantenido ajenos a todo envanecimiento y libres del menosprecio para con los demás, aun cuando

(1) Fresco, loco cit., 37 ss., 40.

(2) Ibid. 42 ss.

(3) Amelli, loco cit., 369.

(4) Fresco, 73 s.

(5) Sobre el nombramiento de miembro de la Academia de Berlín, v. Harnack, I, 475, sobre las relaciones con Voltaire v. Baudrillart, 79 ss. Véase también las *Otto lettere inedite di Federico il Grande al card. Quirini*, las cuales fueron publicadas por G. Livi en la *Illustraz. Ital.* del 15 de noviembre de 1885.

éstos los hubiesen provocado (1). Cuando en el verano de 1744 se publicó un artículo injurioso contra Quirini en el «Allgemeine Zeitung» de La Haya, se puso Benedicto XIV de parte del cardenal, pero le exhortó a que no olvidara la templanza en la defensa, pues tales ataques había que rechazarlos con el desprecio, y las autoridades correspondientes de Roma no dejarían de intervenir, no siendo por tanto necesario establecer una congregación especial como Quirini había pretendido (2). El cardenal, a quien su vehemente acometividad había enredado ya en muchas contiendas, se encolerizó de tal modo por esta amonestación, que acusó al Papa de hacer causa común con los protestantes. Benedicto XIV se sintió muy por encima de este reproche y olvidó al punto en cuanto Quirini se reconcilió con él (3). El 6 de mayo de 1745 le tributó grandes elogios por su defensa de los derechos de la Santa Sede contra los galicanos (4). Por este mismo tiempo le remitió Quirini los primeros pliegos impresos de su obra sobre Paulo III. Benedicto XIV hizo acerca de ella algunas atinadas observaciones; en particular insistió en que en honor de la verdad histórica fueran reseñados también los defectos del Papa Farnesio, especialmente su nepotismo (5). El orgulloso Quirini se mostró poco conforme con ello (6). Simultáneamente surgió un nuevo incidente que amenazaba perturbar de nuevo sus buenas relaciones con el Papa: Quirini había hecho donación al Vaticano de su valiosa biblioteca, lo que había sido hecho público mediante una lápida de mármol y por un elogioso breve de Clemente XII, que circulaba impreso. En el verano de 1745 solicitó el cardenal que el Papa declarase nula tal donación a fin de poder destinar la biblioteca a su obispado de Brescia. Benedicto lo tuvo por inconveniente; sin embargo, propuso como medio viable que Quirini indemnizara al Vaticano mediante cierta cantidad de dinero. Hubo necesidad de largas negociaciones hasta conseguir que tal propuesta tuviera aceptación (7). En lo sucesivo medió

(1) Véase la hermosa carta del Papa fecha 21 de marzo de 1744 en Fresco, XVIII, 80 ss.; cf. *ibid.*, 84, la carta del 4 de julio de 1744.

(2) Véase las cartas en Fresco, XVIII, 87 ss.

(3) *Ibid.*, 91.

(4) *Ibid.*, 92.

(5) *Ibid.*, 279 ss.

(6) *Ibid.*, 282.

(7) *Ibid.*, 283 s., 286, 288 ss.

entre ambos, de nuevo, animada correspondencia epistolar que se mantuvo siempre francamente amistosa. El Papa extendió el breve para la devolución de la biblioteca a Brescia, en todo según los deseos de Quirini (1).

El cardenal, que entre sus múltiples actividades trabajó también por la conversión de los protestantes (2), emprendió en la primavera y en el otoño de 1748 dos viajes a Alemania para visitar los monasterios benedictinos de Baviera y Suabia (3). El Papa, que con el tiempo iba formándose un concepto cada vez más desfavorable sobre la vanidad y la impremeditación de Quirini, hacía notar en una carta al cardenal Tencin, cuán ajeno era él a estos viajes; por lo demás Quirini no consiguió su propósito de reconciliar con la Iglesia a un predicador luterano y al literato Quadrio, jesuita en tiempos anteriores (4). Cuando en 1748 la cuestión de la reducción de los días festivos dió origen a una controversia, propugnó Quirini contra su amigo Muratori el punto de vista de que tal medida era necesaria, y llegó a sentar la afirmación de que en este asunto no se ventilaba una cuestión disciplinar sino dogmática (5). El Papa se disgustó mucho por esta actitud (6) y prestó al irreflexivo sujeto un favor prohibiéndole continuar la polémica. Quirini obedeció, manifestando, empero, que su honor exigía una justificación personal en Roma. Sintió muy

(1) *Ibid.*, XIX, 164. Cf. E. Michel, *La Biblioteca Quiriniana di Brescia*, Città di Castello, 1916.

(2) Lauchert en los Estudios y noticias de la orden benedictina, XXIV (1903), 243 ss.; *Illgens Zeitschrift*, VII, 166.

(3) Lauchert, *Die Reisen des Kardinals Quirini in Bayern und Schwaben*, en el suplemento de *Augsburger Postzeitung*, 1902, núm. 41 y 42.

(4) Heeckeren, I, 442. Sobre Quadrio y Benedicto XIV, cf. a fin de completar la sucinta noticia que se halla en Landau, 228, los extensos datos de Fresco, *Lettere* XIX, 170, 172, 182, 184, 190 s., 193. Quirini se equivocó completamente con el benedictino F. Rothfischer, a quien en 1748 visitó en Ratisbona, pues dicho sujeto se pasó al protestantismo, del cual trabajó Quirini inútilmente con bastantes cartas por arrancarle de nuevo; v. *Allg. Deutsche Biographie*, XXIX, 362 ss.

(5) Heeckeren, I, 453. Cf. también Amelli, 375 ss. Sobre las relaciones de Quirini con Muratori v. las cartas publicadas por Zanelli en el *Arch. stor. ital.*, 5.ª serie, II, 324 ss., y Palmieri, *Spicil.*, I, 143 ss.

(6) *Il Papa sempre più irritato contro il Card. Quirini coll'occasione d'una Congregazione di Stato adunata per altre materie, propose le sue que-rele e si dolse della maniera poco rispettosa e quasi scismatica colla quale scriveva contro Sua Sta, chiedendo consiglio per obbligarlo a tacere: ma fu creduto dai cardinali più sano espediente il mostrarne disprezzo. Merenda, *Memorie, Bibl. Angélica de Roma*.

amargamente que el Papa no le diera la razón al reducir los días festivos en el reino de Nápoles (1).

La vanidad de Quirini resultaba al Papa cada vez más intolerable (2). La medida se colmó cuando el cardenal en 1750 y con motivo del litigio entre Benedicto y Venecia sobre el patriarcado de Aquileia se declaró partidario acérrimo de la República y se opuso al Papa con actitud amenazadora (3). Entonces cayó en completa desgracia. La conducta en este asunto, en el que el jefe supremo de la Iglesia sólo buscó la salvación de las almas, era inexcusable, pues tendía a excitar a los cardenales en contra del Papa (4); por eso se comprende que el Papa procediera entonces con mayor severidad. Cuando Quirini, que permaneció en Roma durante todo el año jubilar de 1750, solicitó una audiencia de despedida, se le indicó que sólo la obtendría si se comprometía a no disputar con el Papa en tal ocasión sobre el caso de Aquileia; como Quirini no se conformara le fué denegada toda audiencia (5).

En qué estado de tirantez quedaran las relaciones, se infiere de la conducta de Benedicto al no acceder al deseo del cardenal, cuando éste se propuso fijar su residencia en la Ciudad Eterna durante el invierno de 1751-52; Benedicto escribió a su amigo Tencin que Quirini sólo se proponía abrir en Roma una academia de sátira y maledicencia (6). El tan censurado Quirini, puesto ya en la pendiente, llegó a declarar en un escrito dirigido a los cardenales e invocando los ejemplos de los cardenales Paleotto y Sadoletto, que era un deber oponerse al Papa, cuando éste hiciera algo en perjuicio de la Iglesia (7). En el cuarto tomo de las cartas del cardenal Pole entreveró en la dedicatoria a Tencin algunos ataques contra Benedicto XIV. Este declaró, sin embargo, que las censuras salidas de semejantes labios le eran completamente indiferentes (8). A pesar de todo fué Benedicto XIV lo suficientemente justo para manifestar a Quirini su agradecimiento en el

(1) Bull. Lux., XVII, 283 s., 286 s.; Heeckeren, I, 453, 454, 462. Cf. Riv. Europ., 1877, III, 423 ss.; Fresco, Lettere XIX, 179, 187 s.

(2) Heeckeren, I, 518; cf. 471.

(3) Fresco, XVIII, 11.

(4) Heeckeren, II, 16, 19 ss., 29 ss., 38. Cf. también Amelli, 372, 377 s., 381. Sobre el litigio v. nuestro cap. IX.

(5) Heeckeren, II, 101 ss.

(6) Ibid., 174.

(7) Fresco, XVIII, 13, XIX, 213, ss.

(8) Heeckeren, II, 221; cf. 356.

breve de 4 de agosto de 1753 por su fundación de un seminario (1). Es esto tanto más de apreciar cuanto que el cardenal había puesto anteriormente al Papa en enojoso y apurado trance.

A principios de 1753 escribió Quirini a sus amigos de Roma que se proponía marchar a Berlín para dirigir una gran obra en provecho de la Iglesia. Esto causó sensación general. Unos suponían que se trataba de la conversión de Federico II, otros de la de Voltaire, con quien Quirini estaba en muy buenas relaciones. El cardenal Quirini, así juzgaba Benedicto XIV, poseía una fantasía tan inquieta que veía al punto cumplidas sus esperanzas. La mayor calamidad de este viaje será su absoluta inutilidad. El mundo empero hará girar en torno de la presencia de un cardenal en la capital prusiana todos los planes imaginables, y en Alemania en particular, se creará que se le ha confiado una misión relacionada con la elección real. «Entre tanto, concluía Benedicto, seremos objeto de los ataques más diversos por parte de Alemania.» (2) El Papa consultó a una reunión de cardenales, sobre lo que debía hacerse en tan crítica situación. Los cardenales dirigieron a Quirini una carta disuasiva, la cual, aun cuando fué redactada con las expresiones más elogiosas, no satisfizo, ni con mucho al destinatario (3). El viaje se suspendió por último gracias a que el mismo gobierno veneciano se declaró en contra (4). Quirini entrometiéndose posteriormente de modo muy indiscreto en el proceso de beatificación del cardenal Belarmino (5), y cuando se publicó la nueva y sabia disposición del Papa sobre el Índice trató de adjudicarse la fama de ser su autor, aunque en ello no tuvo sino una participación muy mezquina (6).

Muerto Quirini (1755), no se oyó de labios de Benedicto XIV una sola palabra de reproche, mas sí en cambio la expresión de su reconocimiento por su actividad episcopal y su generosidad con los pobres (7). Los méritos de Quirini en el campo científico

(1) Fresco, XVIII, 8.

(2) Heeckeren, II, 238.

(3) Ibid., 239 ss., 251 ss.

(4) Ibid., 247, 252, 256.

(5) Ibid., 295.

(6) Ibid.

(7) Ibid., 392. En la nueva catedral de Brescia ensalza a Quirini una inscripción de los Septemviri del año 1737: quod praeclaro huic templo perficiendo ab anno MDCV aedificari coeptum curam omnem impendens proprio aere

fueron quizá poco apreciados por Benedicto XIV; pero el juicio del Papa sobre el carácter del cardenal se ha confirmado plenamente: cuando el gobierno veneciano se incautó de los papeles de Quirini, encontráse entre ellos la correspondencia con un desconocido de Roma, correspondencia que rezuma malevolencia y sólo era a propósito para promover discordias (1). Era voz pública en Roma que Quirini había sido realmente un hombre muy erudito que gozaba de gran autoridad, pero que en todas sus empresas había patentizado su ambición de gloria (2).

Sucesor de Quirini como prefecto de la Biblioteca Vaticana fué nombrado por Benedicto XIV el célebre y gran bibliófilo cardenal Passionei (3), si bien conocía perfectamente también su flaco, particularmente su vanidad y su infantil animosidad contra los jesuitas, y lo tomaba a guasa como lo había hecho antes con las necedades del predecesor (4); y para ello tenía razón, pues como sabio estaba muy por encima de ambos cardenales, pero en cambio resplandeció siempre por su gran modestia. En una carta del 3 de abril de 1749 dirigida al cardenal Quirini, decía que por más que le habían sido dedicadas tantas obras, no había leído ninguna dedicatoria hasta el final, sino que había pasado por alto as páginas en que empezaba el elogio (5).

Ya el nombramiento de Passionei para subbibliotecario del Vaticano realizado en el año 1741 (6), se hizo ante la perspectiva de crear, unido a la biblioteca, un museo de arqueología cristiana, como ya lo habían propuesto al Papa Clemente XI, Marcantonio Boldetti y Francesco Bianchini (7). Benedicto XIV se había

large collato illud ara maxima et splendidis aliis ornamentis munificentissime decoraverit.

(1) Heeckeren, II, 428.

(2) *Era huomo dotto e di molta reputazione, ma vanigliorioso in ogni sua cosa (Merenda, Memorie, *Biblioteca Angelica de Roma*). Autobiografía de Quirini (Brescia, 1749, continuada por Sanvitale, *ibid.*), 1761.

(3) Breve del 22 de febrero de 1755, en Assemani, *Cat. Bibl. Vat.* (1756), xxiv.

(4) Más auténticas que la anécdota que refiere cómo el Papa mandó colocar sobre la mesa de Passionei la obra del jesuita Busembaum para mostrarse del arrebatado de cólera de aquél (v. Justi, II, 2, 97), son las declaraciones sobre el cardenal que se hallan en las cartas a Tencin, Heeckeren, II, 250, 288, 295. Cf. también Kraus, *Cartas*, 28.

(5) Fresco, *Lettere* XIX, 197.

(6) Cf. anteriormente, pág. 184.

(7) Cf. nuestros datos del volumen XXXIII.

preocupado de esta idea ya antes de su elevación a la silla de Pedro (1). Por entonces logró adquirir la colección del cardenal Gaspare Carpegna, cuya principal riqueza la constituían antigüedades de las catacumbas (2). El senador florentino Filippo Buonaroti había descrito en obras especiales los vasos de oro y las monedas imperiales de esta colección (3). Otra gran riqueza representaban, además de las bulas del anticuario Francesco Ficoroni, los egregios donativos de antigüedades que Francesco Vettori había reunido con grandes esfuerzos y no menores expensas; hallábanse entre ellas nada menos que seis mil quinientas gemas. También comprendía un gabinete numismático; a las monedas imperiales se añadió la colección de monedas de Albania, con el correspondiente catálogo, que se adquirió por unos doce mil escudos; asimismo las monedas pontificias reunidas por Clemente XII (4).

Las colecciones de Carpegna y Vettori fueron la base del Museo cristiano, erigido a propuesta de Scipione Maffei, que dedicó al Papa su descripción del Museo de Verona. Benedicto XIV acogió con el mayor fervor esta idea, pues una colección de esta categoría le parecía digna de la Santa Sede y de la ciudad de Roma (5). Con el Museo cristiano, sobre el que Maffei había llamado particularmente la atención, no sólo fomentaría la ciencia teológica en sí, sino también probaría a los adversarios la antigüedad del dogma católico y la disciplina de la Iglesia (6). Los socios de la Academia de la Historia Eclesiástica y de la Liturgia

(1) Acta Benedicti XIV, II, 282.

(2) Cf. *Cód. Vat., 9153-54, *Biblioteca Vaticana*. Docum. per la storia dei Musei d'Italia, II, Roma, 1879, 182 ss.; Corsini, *Bibl. Vatic.* 110; Cerroti, *Lettere*, 47; Fresco, *Lettere*, XVIII, 39.

(3) Fil. Buonaroti, *Osservaz. sopra alcuni medaglioni antichi*, Roma, 1698; *Osservaz. sopra alcuni frammenti di vasi antichi di vetro ornati di figure trovati nei cimiteri di Roma*, Florencia, 1716.

(4) Fresco, *Lettere*, XVIII, 39; Acta Benedicti XIV, II, 283; Justi, II, 287; Carini, 110.

(5) Véase el *Breve a Scip. Maffei del 13 de septiembre de 1749 en el cual da el Papa las gracias por la dedicatoria del Museum Veron. y per haver proposta l'idea di fare un Museo cristiano alla quale certo non lascieremo d'andar pensando riconoscendola per un'opera propria d'un Papa e di Roma. *Princ.*, 240, p. 197. *Archivio segreto pontificio*.

(6) Neque de recreandis solummodo primum animis ac de sacrae eruditionis cultoribus iuvandis agitur. Dogmata ipsa catholica incorruptamque disciplinam mirum est, quantum contra veteres recentesque oppugnatores monumenta antiqua.... confirmant, corroborant, patefaciant.